



CAPITULO XXX.

MARA.—ELIM.—RAFIDIM.—SINAI.—POESIA.

HABIENDO llegado á Mara, como el pueblo no hubiese podido encontrar agua con que refrescarse, comenzó á murmurar, y levantarse contra Moysés. Pero Moysés se dirigió al Señor, que le manifestó cierto palo, que echado en el agua, la quitó su amargura.

De Mara fueron los hebreos á Elim donde encontraron doce fuentes de agua dulce, y setenta palmas. Estrabon habla de un bosque de palmas en aquella tierra, que dista cinco dias de camino de Jericó. Los habitantes de aquellos lugares ven con veneracion aquel sitio, por sus muchos manantiales de agua, cosa que hace

gran contraste con la aridez de los alrededores que son extremadamente secos.

Salidos de Elim los judíos, fueron al desierto de Sin, en donde faltándoles los víveres, renovó el pueblo sus quejas contra Moisés y Aron, diciendo que mas les valia haber muerto en Egipto entre la abundancia de pan y carne que padecer las incomodidades del camino; despues de manifestarles Moisés y Aron que aquellas quejas mas eran contra Dios que los habia sacado de Egipto que contra ellos, les prometieron de parte del Señor darles de comer carne aquella misma tarde, y panes la mañana siguiente. Y para que les diesen crédito se presentó una luz extraordinaria en la columna de nube, prodigio que testificaba la presencia de Dios, su poder y benignidad para con el pueblo.

La tarde del mismo dia sopló un viento, y trajo una inmensa multitud de codornices á los reales de los hebreos. Es verdad que en la primavera que era el tiempo en que se presentó este suceso, acostumbran las codornices pasar del Asia á la Europa, y bajan hácia la costa del mar Rojo, y así no era cosa extraña que se hubiesen posado aquellas aves en el campamento; pero el ser traídas en la tarde precisa de aquel dia señalado, á lugar fijo y en tanto número que bastasen á dar de comer á casi dos millones de personas, no pudo suceder sino por un milagro.

La mañana del dia siguiente, como lo ofreció Moisés, cayó una especie de granito que en la figura y color se parecia al cilantro, y se asemejaba á las gotas he-

ladas que suele haber en las hojas de las plantas. Viendo los judíos que por todas partes blanqueaba la tierra alrededor de las tiendas, pasmados de la novedad se decian unos á otros: ¿qué era aquello? á lo que les contestó Moisés: Ese es el pan que el Señor os ha dado para comer. Oido esto, se esparcieron todos por los reales y se pusieron á coger aquellos granos; pero el caudillo les mandó á nombre del Señor que el maná que cogiesen cada dia para cada persona no excediese la medida de un *gomor*, y que no guardasen nada de él para el otro dia, excepto el viénes, en el cual debian coger dos *gomores*, por cuanto el sábado no habia de llover el maná. Este pan es de un sabor exquisito, y segun la Escritura se acomodaba al gusto de todos, lo que al parecer se entiende de los justos.

Del desierto de Sin pasaron los hebreos á Dafear, á Aluz y luego á Rafidim donde viéndose faltos de agua, volvieron á sus quejas contra su caudillo, y faltó poco para que lo apedreasen. Para calmar la sedicion, fué Moisés por orden del Señor al monte Oreb, y allí hirió con la vara un peñasco, del cual saltó agua sobradísima para apagar la sed de todo el pueblo. Este peñasco dista como mil quinientas varas de Sinai.

A los cuarenta y nueve dias de la salida de Egipto llegaron los hebreos á la falda del monte Sinai, donde Dios habia de escribir la ley, y se habian de poner los fundamentos de la república israelítica. Habiendo subido Moisés á la cima del monte, le trajo Dios á la memoria los prodigios terribles que habia hecho

en favor de su pueblo, y le mandó le dijese, que por su parte estaba pronto á hacer un pacto solemne por el cual recibiria á los hebreos por su pueblo con preferencia á todas las naciones de la tierra; pero con la condicion que ellos por su parte se habian de obligar á guardar todos los preceptos y leyes del pacto que se propondrian dentro de pronto. Luego que bajó Moysés á la falda del monte, espuso al pueblo su mision, y habiendo convenido este en las condiciones del pacto, volvióse al monte para dar cuenta al Señor de su embajada.

Ya habia amanecido el dia cuarenta y dos despues de la salida de Egipto, cuando el repentino estruendo de los truenos, la luz vivísima de los relámpagos, y una nube que cubria la cima del monte, de la cual salia una llama mezclada con humo, y un terrible sonido como de trompetas, daban á entender claramente que estaba allí el Señor. Entónces Moysés acompañado del pueblo fué á la falda del monte hasta ciertos límites prescritos: llamado de allí por Dios subió á la cima del Sinai, de donde se le ordenó bajar otra vez, para volver á intimar al pueblo que no se acercase mas. Entónces Moysés acompañado de Aron subió de nuevo al monte que estaba echando llamas, y se oyó una voz clara como de un gran trueno con la que llamó el Señor la atencion del pueblo y promulgó la ley.

EL MONTE SINAI.

El sensible Jehová, que compasivo
Mostró en Belen un corazon tan blando,
Y en el lóbrego huerto suspirando,
Por los hombres oró bajo el olivo:

Aquel Señor que de una cruz pendiente
De dolor agoniza y de congoja,
Que con sangre y sudor el monte moja,
Y muere como víctima inocente:

Para dar en las vastas soledades
Sus leyes á Judá, bajó tremendo,
Volando entre tiniebla y fuego horrendo,
Como vuelan las negras tempestades.

Al pasar el Señor, quedaron mudas
Las olas del mar Rojo, y la ballena
Huyendo baja á la profunda arena
Para esconderse entre las peñas rudas.

Los ojos de Jehová relampaguean
Tremendamente, y su carroza ardiendo,
De lo alto se despeña con estruendo,
Y sus ejes y ruedas centellean.

Le acompañan las nubes tenebrosas,
Bramando le precede el torbellino,
Y girando en inmenso remolino
Le siguen las tormentas estruendosas.

Llegando al monte, el monte se deprime,
Y su ancho fundamento se estremece,
Una sombra terrible lo oscurece. . . .
Sigue un momento de estupor sublime.

Mas súbito el relámpago relumbra
Mil veces y otras mil: la llama viva
Brilla del Sínai en la cumbre altiva,
Y entrambos mares y el desierto alumbrá.

Uno tras otro el trueno se sucede,
Uno tras otro lo repite el eco;
Tiembla el Oreb al estallido seco,
Tiembla espantado el pueblo, y retrocede.

Habló el Señor, y aquella voz severa
Resuena como el mar alborotado:
Díctale leyes á su pueblo amado;
¡Pueblo feliz, si á su Señor temiera!

„Ama, le dice, al Hacedor inmenso,
„Y dobla en su presencia la rodilla,
„Sirvele fiel con voluntad sencilla,
„Y en el altar le ofrecerás incienso.

„No adores á los dioses impotentes
„Que la mano labró del estatuario,
„Pues el sagrado olor del incensario
„Me lo deben á mí todas las gentes.”

„No jures por Jehová, ni por sus leyes,
„Ni por la tierra, ó por la mar undosa:
„En quieta calma el sábado reposa
„Con tus hijos, tus siervos y tus bueyes.”

„Honra á tus padres con piedad sagrada
„Y llegarás á respetable anciano;
„Jamás oprimas á tu pobre hermano,
„Nunca en su sangre teñirás la espada.”

„Jamás profanes tu inocente lecho
„En los brazos de lúbrica molicie,
„Ni el oro ageno alguna vez codicie
„Ese tu noble y generoso pecho.”

„Cándida la verdad póse en tu labio
„Como en el lirio azul la mariposa:
„No tiendas redes á la agena esposa;
„¡Ay del autor de semejante agravio!”

Dijo, y la tempestad sigue entre tanto,
Y agita ronco el aquilon las nubes:
Con sus alas se cubren los querubes
A cada trueno pálidos de espanto.

El abrasado Sínai parecia
Altísima pirámide de lumbre:
Negros celages vagan por su cumbre
Como las olas de la mar sombría.

Asustada retírase la gente
Del monte oscuro que terrible humea;
Solo Moysés, miéntras la llama ondea,
Con el Señor conversa frente á frente.

